FREUD EN LA ESTOFA MÍTICA DE

LOS REDUCIDORES DE CABEZAS

"No se abonará pues en la cuenta de Freud saber mejor que los mitos lo que éstos dicen. Cuando los mitos quieren razonar como un psicoanalista, no necesitan a nadie". Claude Lévi-Strauss[1].

Jorge Pinedo

Freud piensa los mitos como un lenguaje, entonces, de ese modo piensa el inconsciente y con ellos metaforiza su invención. Cuando no realiza una adaptación de los clásicos, crea los propios. Una vez más, rema contracorriente[2]. No es de extrañar que Lacan haga algo semejante -mas no idéntico- con los apólogos y con los matemas. Pues el mito tramita vicisitudes colocando sus diversos elementos internos en analogía con otros elementos, aún de otros mitos. Opera al modo de un "portador de los significantes, que maneja los hilos de lo que llamamos imprudentemente el sujeto; imprudentemente

[1] Lévi-Strauss, Claude– *La Alfarera Celosa*, Ed. Paidós, Barcelona, 1986, cap. 16, p. 168. Tomamos aquí del antropólogo belga el relato de los mitos, reconstruidos para la ocasión, junto con algunas de sus consideraciones que ahora aplicamos a otros contextos. Resulta ello de una necesidad formal dado que el cuerpo teórico estructural comprende un inconciente de contenidos que excluye al sujeto, muy diferente al freudiano, entre otras muchas distinciones. En este aspecto, objeciones y polémicas oportunamente desarrolladas en distintas direcciones a las del presente texto, nos remitimos a: Jinkis, Jorge, "Disparen contra Freud", en *Indagaciones*, Edhasa Ed., Buenos Aires, 2010, c. II, p. 91 y ss.

[2] Contra la antropología clásica, para empezar, pero también de toda idea de "mensaje" y de cualquier metafísica, lo que se extiende a la psicología clínica, pasando por el *new age* y la autoayuda.

porque es ahí donde se plantea de qué es el sujeto a partir del momento en que depende tan enteramente del Otro"[3].

Juego de espejos que en momento alguno se corresponden con objetos o imágenes del mundo real: se desenvuelven en otra dimensión, en la de "había una vez…", en el tiempo del futuro anterior, en el aoristo del griego antiguo y algunos giros del guaraní; tal vez género fantástico, fantasía. Tiempo sin tiempo que el etnógrafo gusta suponer primordial, edénico, sin sujeto ni lenguaje, a menudo lo llama "estado de naturaleza" por su casi universalidad y para oponerlo a un "estado de sociedad" que, como tal, existe solo al amparo de la lengua. Espacio sin geografía que le haga capaz de figurar como condición de posibilidad de aquello que nunca tuvo lugar. Tiempo mítico. Requisito indispensable ya que sólo en tal ámbito resulta factible distinguir propiedades semejantes dentro de enunciados heteróclitos. A tal fin, los mitógrafos se sirven de la retórica, de la lógica no euclidiana, de las fórmulas canónicas, capaces de incluir la contradicción, el absurdo, por qué no el escándalo.

Transita el mito con varios registros y códigos simultáneos, por lo general poco coincidentes con las series clasificatorias propias de la lógica formal y los principios que rigen la vigilia. De este modo un pájaro, el urutaú, puede ser simétrico e inverso al hornero: comparten la serie de las aves, condición que torna la idea accesible para el pensamiento occidental. La situación se complica cuando ocurre algo semejante entre la taza de cerámica y la mandioca, a primera vista pertenecientes a distintos reinos. Es que

[3] Lacan, Jaques – *L'Insu que Sait de L'Une Bévue s'aile à mourre*, Seminario XXIV, clase 16-11-1976.

los mitos operan al modo de los sueños, donde todo es posible a condición de haber sido reprimido y deseado.

En efecto, como los sueños, la ética y las estructuras, sólo emergen de modo fragmentario. Por ello los mitos extraen del campo de la experiencia retazos de escenas, elementos, propiedades y relaciones, que, como los restos diurnos, son transportados a otros dominios, donde adquieren una inteligibilidad alterada. Así como los antropólogos (y los psicólogos clínicos, dicho sea de paso), antes y después de Lévi-Strauss, procuraban traducir aquellos dispositivos, los psicoanalistas, a partir de Freud, apuntan a interpretar. No al mito, que es ininterpretable, sino a aquello que el mito, de la estructura del sujeto, recorta: le hace hablar en *lalengua* de aquí.

Sobre un corpus histórico, arbitrario y contingente, "tan inexplicable como el de los fonemas que entran en la composición de una lengua"[4], el mito -a la manera del sueño, y viceversa- interroga, responde, funda y refunda. Asocia, vincula y aúna elementos sin ninguna relación secundaria aparente. De tal modo, por ejemplo, las intrigas humanas que mantienen unidos o distancian a los grupos o a los sujetos, se dirimen mediante procedimientos de conjunción o disyunción, de inclusión o exclusión entre elementos de ecléctica procedencia que se articulan en representación de otros, al modo de las posiciones relativas factibles en ese losange que articula un fantasma al que Lacan define en su fórmula. Operación básica -primaria, diríase-, cunde en los mitos que relatan el paso del "estado de naturaleza" al "estado de sociedad" (el de Zeus, Prometeo o el de Edipo, sin ir más lejos), mientras que los mitos creacionistas requieren

[4] Lévi-Strauss, Claude- op.cit, cap. 13, p. 158

operaciones de mayor complejidad, dotados de otras operaciones lógicas como las que el etnólogo gusta insertar en la figura de la Botella de Klein[5].

***

Es el caso de la creación de la vasija de cerámica o del barro de alfarería. Según los *shuar* (bautizados *jíbaros* por los conquistadores españoles del alto Amazonas), dos demiurgos cansados de pelear por la misma mujer suben al cielo y se transforman en el Sol y en la Luna, respectivamente. La mujer, al intentar alcanzarlos, cae a tierra y al estrellarse, su cuerpo se transforma en el barro que sirve para la alfarería. (También, en otra versión, el pavor de la caída le hace expeler los excrementos, con idéntico destino.) Dicho de otro modo, de pasar de estar incluida o excluida alternativamente con uno u otro ser, se produce una disyunción que la cambia de condición hasta tornarla en conjunción con el reino telúrico. El cielo se distingue de la tierra, el hombre de la mujer, los grupos entre sí, hasta advenir en una entidad que sintetiza todo lo anterior en un producto recortado, propio de la producción mediatizada.

Metáfora casi universal en las poblaciones etnográficas, las que circundan al barro de alfarería, técnicamente una arcilla, encierra bastante más que pintoresquismos folclóricos. Primero diferenciada de los cientos de distintitos tipos de barro, la arcilla es extraída, modelada, solidificada mediante algún método (rayos solares, rescoldo, horno, etc.) y eventualmente decorada hasta que se convierte en un recipiente capaz de albergar un contenido; la comida, por ejemplo. A su vez, éste alimento, por su parte efectúa el recorrido contrapuesto: del recipiente que le contiene es puesto a cocer, se ingiere para ser elaborado en el interior anatómico mediante la digestión, hasta ser expulsado en

[5] Lévi-Strauss, Claude-op.cit, cap.14, p. 164

forma de excremento, con lo que retorna al barro. En el paralelo con la procreación humana, podríamos especular que circula por todas y cada una de las equivalencias simbólicas.

*arcilla→extracción→**modelado**→ cocción→ recipiente*

*excremento ←expulsión ←**digestión** ←cocción ←comida*[6]

Proceso cultural y proceso fisiológico resultan así metaforizados de modo simétrico e inverso, donde la *digestión* y el *modelado* emergen en una función mediadora, para que el contenido se transforme en continente y viceversa, comportándose al modo de un único objeto amboceptor que, a la vez, y como la sinécdoque, anticipa lo próximo y se retrotrae a lo anterior; anticipación, retroacción. Ambos registros componen un campo semántico que se impone por encima de los propios términos que interiormente los componen, haciendo estallar la lógica secundaria que les recluye en series clasificatorias aisladas.

El pasaje de la naturaleza a la cultura obtiene en la alfarería[7] su metáfora acaso más metonímica. Cada una de ambas cadenas sintagmáticas obtiene su significación a partir de la posición relativa de cada uno de sus términos, en relación a los que le preceden o continúan. Los elementos capaces de ser sustituidos por otros ("verticalmente") componen conjuntos paradigmáticos que desvían el término hacia otra cadena, con lo que se produce la metáfora. El plus remanente deriva de la articulación de las cadenas

[6] Lévi-Strauss, Claude, op.cit, cap. 13, p.160

[7] En otra sintonía ocurre algo análogo con la metalurgia, la cestería, la agricultura, la pesca, la caza, etc.

-significantes[8] en nuestro caso-, a las que complementan en lugar de sustituir, con lo que se logra una ampliación del campo semántico, que se enriquece a la vez que precisa sus fronteras. Determinadas las relaciones lógicas, se obtiene el fragmento de una estructura capaz de reflejar la economía interna del mitema, suerte de espejo de aumento[9] que refleja en forma gráfica los mecanismos de su producción y desarrollo. Artefacto que se desestabiliza permanentemente en la diacronía, paradoja en sí misma, adquiere cierta estabilidad relativa en el giro diacrónico[10] de su acción.

***

El mito creacionista shuar proporciona una plataforma intensa y extensa desde donde apreciar los anteriores procedimientos, principalmente por su integralidad[11] ya que, *mutatis mutandis*, comprendería un génesis, Tótem y Tabú, sumado a Edipo, todo en uno. Adoptamos a la sazón, como base, una versión[12] que, a los estrictos fines expositivos, (como desde Troubetzkoy) se subdivide en porciones denominadas *mitemas*:

[8] El significante de Lévi-Strauss se aproxima más al de De Saussure que al de Lacan, ya que propone una barra evanescente que privilegia el signo.
[9] Lévi-Strauss, Claude, op.cit, cap. 13, p.182
[10] "... implica a la vez un sistema establecido y una evolución, en cada momento es una institución actual y un producto del pasado". De Saussure, Ferdinand- *Curso de Lingüística General*, Buenos Aires, Ed. Losada, 1965, p.49.
[11] En rigor, la mayoría de los mitos creacionistas, que derivan en el pasaje del estado de naturaleza al estado cultural, pueden ser leídos del mismo modo: el de Cronos extendido hasta Prometeo, o bien el del mismo Edipo prolongado hasta Antígona, donde la acumulación de todas las mujeres destacado como causa en el mito freudiano de la horda primitiva (símil Frazer) aparece como simétrico e inverso de la acumulación de todos los cadáveres en el final de la saga de los labdácidas.
[12] La de Stirling, M.W que cita Lévi Strauss en op.cit.; *Historical and Ethnographical Material on the Jibaro Indians* (BBAE, 117), 1938.

I. Sol y Luna se animizan, tienen cuatro hijos: Uñushi, el perezoso; Apopa el delfín amazónico; Huangañi, el pecarí (todos masculinos) y finalmente una hija, Nijamanche, la mandioca, la más cercana a los seres humanos.

II. Sin poder procrear más, Sol y Luna adoptan dos huevos, uno de los cuales en una situación confusa se rompe y del otro nace Mika, la jarra de alfarería.

III. Esta se une a su ¿hermano? Uñushi, el perezoso, componiendo la cópula primigenia, donde Uñushi hace honor a su nombre y por ello los trabajos más pesados recaen en las mujeres.

IV. En un viaje en piragua por el Amazonas nace Ahimpi, la serpiente de agua, con quien tiempo después Mika comete incesto, aprovechando que la desidia paterna la había dejado perdida en plena selva. La jarra de alfarería y la serpiente de agua tuvieron nutrida prole humana, a quienes los animales, hasta entonces benevolentes, dejan a su suerte.

V. Al caer en la cuenta de los sucesos, Uñushi acusa a su madre, la Luna, de haber incentivado el incesto, la golpea y la entierra en un pozo.

VI. Pero a su vez el perezoso es castigado por los hijos de Mika y Ahimpi, quienes le decapitan y reducen la cabeza, dando inicio a la famosa leyenda.

VII. Entonces Mika mata a sus hijos asesinos del perezoso, salvo a uno que la persigue por toda la eternidad en busca de venganza. A partir de ese momento se establece el estado de sociedad donde reina una impiadosa lucha entre el padre, la madre y el hijo.

Una reducción[13] sistemática permite apresuradamente apreciar, sucintamente: I- En el principio del principio, de lo indiferenciado, la diferencia; disyunción. II- (doble) exclusión. III- conjunción. IV- unión, intersección. V- exclusión. VI- disyunción. VII- Exclusión/inclusión. En el principio fueron tres.

***

He aquí, entre otras curiosidades, la raíz del mote *head shrinkers* (y su apócope *shrink*) con el que el ingenio anglosajón apoda a los psicoanalistas y afines. Apropiado, por encima del reduccionismo cefálico que evoca, pero no sin él, anuncia el estatuto de una condición -la humana-, en un ámbito -el del lenguaje-, donde el conflicto es condición de posibilidad, la metáfora su continente y la arbitrariedad del sentido su contenido.

Para el análisis del mito es preciso por lo tanto recurrir al descubrimiento, si no la invención, de las propiedades de diversos sistemas lógicos y de sus operaciones internas. El mito creacionista shuar recién expuesto es, no sólo una construcción etnológica sino una versión en sí misma. Cumple las condiciones de mito troncal, al recorrer de la creación del mundo y el universo hasta el "estado de sociedad", en cuyo camino se establecen las divisiones de lo sagrado y lo profano, sexuales, de generaciones, de grupos, etc.. No obstante, del mismo se desprenden y ramifican infinidad de circunstancias tesmofóricas que, por razones de brevedad, han sido

[13] "Es indudable que en un cierto campo, resulta útil reducir todas las versiones conocidas a una misma estructura formal lógica que admite transformaciones internas según alguna legalidad. Habría miles de relatos en los que se verifica que el héroe supera el obstáculo y se casa con la princesa. Pero esta reducción nos hace perder los relatos. Es difícil la discusión pues se despliega en dos planos: el interés del etnólogo es semiótico y en este símil literario, la 'universalidad' de la conjunción/disyunción aseguraría la sordera del analista respecto del discurso. Si se pudiera despejar un 'hombre' del funcionamiento estructural, no sería del sujeto del que habla el psicoanálisis", en Jinkis, J.- op.cit, p.99.

obviadas del mito troncal: la creación de la cerbatana, del arco iris, de las principales especies animales y vegetales, los diversos clanes, ciertas prohibiciones, otras tantas prescripciones, etc. En otros términos, en torno a esta cosmogonía se disponen los sistemas de intercambio, los de parentesco y los de creencias de la comunidad. Un orden simbólico que va modificándose a medida que se relata, y de un grupo a otro, por más que la estructura se sostenga en sus rasgos significativos. En el cristal de la lengua mítica una cultura atisba el reflejo de una suerte de matriz simbólica donde buscar tanto sus bordes como sus senderos interiores.

Acaso los sueños, las formaciones del inconsciente, las fantasías, operen en forma semejante a tales fracciones, momentos, mitemas capaces de describir la economía inherente a esa construcción singular en una emergencia determinada. Fragmentos de un mito troncal que hace al orden simbólico y parecen ser la cultura misma, la del malestar, que brota en forma más contínua que esporádica, diseminada en los avatares de la miseria neurótica. En los shuar y aquí mismo.